

- voluntad despreciado (1),
ó de fortuna en tierno agraz cortado.
29. Bastáranos la prueba
que en otros tiempos ha la muerte hecho,
sin la funesta nueva
de Don Juan, cuyo pecho
alevemente de ella fué deshecho.
30. Con lágrimas de fuego
hasta quedar en ellas abrasado,
ó por lo menos ciego
de mí serás llorado,
por no ver tanto bien tan mal logrado.
31. La rigurosa muerte
del bien de los cristianos envidiosa
rompió de un golpe fuerte
la esperanza dichosa,
y del infiel la pena temerosa.
32. Mas porque de cumplida
gloria no goce de morir tal hombre
la gente descreida,
tu muerte los asombre
con sola la memoria de tu nombre.
33. Sientan lo que sentimos,
su gloria vaya con pesar mezclada,
acuérdense que vimos
la mar acrecentada
con su sangre vertida y no vengada.
34. La grave desventura
del Lusitano por su mal valiente,
la soberbia y locura
de su bisoña gente
desbaratada miserablemente.
35. Siempre debe llorarse,
si como manda la razón se llora,
mas no podrá jactarse
la parte vencedora,
pues Reyes dió por Rey la gente mora.

(1) Otro, *despeñado*.

36. Así que nuestra pena
no les pudo causar perpetua gloria,
pues siendo toda llena
de sangrienta memoria
no se puede llamar buena victoria.
37. Callo las otras muertes
de tantos Reyes en tan pocos dias,
cuyas fúnebres suertes
fueron anatomías,
que liquidar podrán las peñas frias.
38. Sin duda cosas tales,
que en nuestro daño todas se conjuran,
de venideros males
muestras nos aseguran,
y al fin universal nos apresuran.
39. ¡Oh ciego desatino!
que llevas nuestras almas encantadas
por áspero camino,
por partes desusadas
al reino del olvido condenadas.
40. Sacude con presteza
del leve corazón el grave sueño,
y la tibia pereza
que con razón desdeño,
y al ejercicio aspira que te enseño.
41. Soy hombre piadoso
de tu mesma salud, que va perdida,
sácala del penoso
trance dó está metida,
evitarás la natural caída.
42. A la cual nos inclina
la justa pena del primer bocado:
mas en la rica mina
del inmortal costado,
muerto de amor, serás vivificado.

IV.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO (1).

Canción.

1. En el profundo del abismo estaba
del no ser encerrado y detenido
sin poder ni saber salir afuera,
y todo lo que es algo en mí faltaba,
la vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
y en fin mi ser no ser entonces era,
y así de esta manera
estuve eternamente
nada visible y sin tratar con gente,
en tal suerte que aun era muy más buena
del ancho mar la más menuda arena,
y el gusanillo de la gente hollado
un Rey era conmigo comparado.
2. Estando pues en tal tiniebla oscura
volviendo ya con curso (2) presuroso
la sexta edad (3) el estrellado cielo,
miró el gran Padre Dios de la natura,
y vióme en sí benigno y amoroso,
y sacóme á la luz de aqueste suelo,
vistióme de este velo
de flaca carne y hueso;
mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
que impidiera llegar á la presencia
de la divina é inefable esencia,
si la primera culpa no agravara
su ligereza y alas derribara.
3. ¡Oh culpa amarga! y cuánto bien quitaste
al alma mía! cuánto mal hiciste!

(1) Se halla en los MSS. de Alcalá y de Rufrancos.

(2) Imp. *cuerpo*.

(3) Imp. *siglo*, y lo mismo el ms. de R., pero hemos corregido á los dos.

- luégo que fué criada, y junto infusa,
tú de gracia y justicia la privaste,
y al mismo Dios contraria la pusiste,
ciega, enemiga, sin favor, confusa:
por ti siempre rehusa
el bien, y la molesta
la virtud, y á los vicios está presta;
por tí la fiera muerte ensangrentada,
por ti toda miseria tuvo entrada,
hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
pobreza, enfermedad, pecado, infierno.
4. Así que en los pañales del pecado
fuí (como todos) luégo al punto envuelto,
y con la obligación de eterna pena,
con tanta fuerza, y tan estrecho atado,
que no pudiera de ella verme suelto
en virtud propia, ni en virtud ajena,
sino de aquella llena
de piedad tan fuerte
bondad, que con su muerte á nuestra muerte
mató, y gloriosamente hubo deshecho,
rompiendo el amoroso y sacro pecho,
de donde mana soberana fuente
de gracia y de salud á toda gente.
 5. En esto plugo á la bondad inmensa,
darme otro ser más alto que tenía,
bañándome en el agua consagrada,
quedó con esto limpia de la ofensa,
graciosísima y bella el alma mía,
de mil bienes y dones adornada,
en fin cual desposada
con el Rey de la gloria:
¡oh cuán dulce y suavísima memoria!
y allí la recibió por cara esposa,
y ella le prometió de no amar cosa
fuera de él, ó por él mientras viviese,
¡oh si (de hoy más quisiera) lo cumpliera!
 5. Crecí después, y fui en edad entrando,
llegué á la discreción con que debiera

entregarme á quien tanto me había dado;
y en vez de esto la lealtad quebrando
que en el Bautismo sacro prometiera,
y con mi propio nombre había firmado,
aun no hubo bien llegado
el deleite vicioso
del cruel enemigo venenoso,
cuando con todo dí en un punto al traste.

¿Hay corazón tan duro en sí, que baste
á no romperse dentro en nuestro seno
de pena el mio, de lástima el ajeno?

7. Más que la tierra queda tenebrosa
cuando su claro rostro el sol ausenta,
y á bañar lleva al mar su carro de oro;
más estéril, más seca y pedregosa,
que cuando largo tiempo está sedienta,
quedó mi alma sin aquel tesoro,
por quién yo plaño y lloro,
y hay que llorar contino,
pues que quedé sin luz del sol divino,
y sin aquel rocío soberano
que obraba en ella el celestial verano,
ciega, disforme, torpe, y á la hora
hecha una vil esclava de señora.
8. ¡Oh Padre inmenso! que inmóvil estando
das á las cosas movimiento y vida,
y las gobiernas tan suavemente!
¿qué amor detuvo tu justicia, cuando
mi alma tan ingrata, y atrevida
dejando á Ti del bien eterno fuente,
con ansia tan ardiente
en aguas detenidas
de cisternas corruptas y podridas,
se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!
que no me despeñases al momento
en el lago profundo del tormento!
9. Sufrióme entonces tu piedad divina,
y sacóme de aquel hediondo cieno,

dó sin sentir aun el hedor estaba
con falsa paz el ánima mezquina,
juzgando por tan rico y tan sereno
el miserable estado que gozaba,
que sólo deseaba

perpetuo aquel contento:
pero sopló á deshora un manso viento
del espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma fué llevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día.

10. Vió luego de su estado la vileza,
en que guardando inmundos animales
de su tan vil manjar aún no se hartara:
vió el fruto del deleite y de torpeza
ser confusión y penas tan mortales;
temió la recta y no doblada vara,
y la severa cara
de aquel Juez sempiterno:
la muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
cada cual acudiendo por su parte,
la cercan con tal fuerza y de tal arte,
que quedando confuso y temeroso,
temblando estaba sin hallar reposo.
11. Ya que en mí vuelto sosegué algún tanto,
en lágrimas bañando el pecho y suelo,
y con suspiros abrasando el viento,
Padre piadoso, dije, Padre santo,
benigno Padre, Padre de consuelo,
perdonad, Padre, aqueste atrevimiento.
A Vos vengo aunque siento
(de mí mismo corrido)
que no merezco ser de Vos oído:
mas mirad las heridas que me han hecho
mis pecados, cuán roto y cuán deshecho
me tienen, y cuán pobre y miserable,
ciego, leproso, enfermo, lamentable.
12. Mostrad vuestras entrañas amorosas
en recibirme agora y perdonadme,

- pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
 tener piedad de todas vuestras cosas;
 y si os place, Señor, de castigarme,
 no me entreguéis al enemigo nuestro:
 á diestro y á siniestro,
 tomad vos la venganza,
 herid en mí con fuego, azote y lanza,
 cortad, quemad, romped sin duelo alguno,
 atormentad mis miembros de uno á uno
 conque después de aqueste tal castigo
 volváis á ser mi Dios, mi buen amigo.
13. Apenas hube dicho aquesto, cuando
 con los brazos abiertos me levanta,
 y me otorga su amor: su gracia y vida,
 y á mis males y llagas aplicando
 la medicina soberana y santa
 á tal enfermedad constituida,
 me deja sin herida
 de todo punto sano
 pero con las heridas (1) del tirano
 hábito, que iba ya en naturaleza
 volviéndose, y con una tal flaqueza,
 que aunque sané del mal y su accidente,
 diez años há que soy convaleciente.

EPITAFIO

Al túmulo del Príncipe Don Carlos (2).

V.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
 la parte principal volviése al cielo:
 con ella fué el valor, quedóle al suelo
 miedo en el corazón, llanto en los ojos.

(1) Imp. señales.

(2) Ni este Epitafio ni la canción siguiente se hallan en nuestros manuscritos.

CANCIÓN Á LA MUERTE DEL MISMO.

VI.

1. Quien viere el suntuoso
 túmulo al alto cielo levantado
 de luto rodeado,
 de lumbres mil copioso,
 si se para á mirar quién es el muerto;
 será desde hoy bien cierto,
 que no podrá en el mundo bastar nada
 para estorbar la fiera muerte airada.
2. Ni edad, ni gentileza,
 ni sangre Real antigua y generosa,
 ni de la más gloriosa
 corona la belleza,
 ni fuerte corazón, ni muestras claras
 de altas virtudes raras,
 ni tan gran padre, ni tan grande abuelo
 que llenan con su fama tierra y cielo.
3. ¿Quién ha de estar seguro,
 pues la fenix que sola tuvo el mundo,
 y otro Cárlos segundo
 nos lleva el hado duro?
 y vimos sin color su blanca cara,
 á su España tan cara,
 como la tierna rosa delicada,
 que fué sin tiempo, y sin sazón cortada.
4. Ilustre y alto mozo,
 á quien el cielo dió tan corta vida,
 que apenas fué sentida,
 fuiste muy breve gozo,
 y ahora luengo llanto de tu España,
 de Flandes y Alemaña,
 Italia, y de aquel mundo nuevo y rico,
 con quien cualquier Imperio es corto y chico.

5. No temas que la muerte
vaya de tus despojos vitoriosa,
antes irá medrosa
de tu espíritu fuerte,
de las hazañas inclitas que hicieras,
los triunfos que tuvieras,
y vió que á no perderte se perdía,
y así el mismo temor le dió osadía.



APÉNDICE SEGUNDO.

POESIAS INÉDITAS.

I.

CANCIÓN Á LA MUERTE DEL MAESTRO TORMÓN (1).

1. Escuela esclarecida,
gloria de todas cuantas
alumbra el sol hermoso y cubre el cielo,
estás tan afligida,
y con lágrimas tantas
bañas tan tierna y tristemente el suelo,
que el más dulce consuelo
en rostro te daría,
y el más alto contento
en lágrimas amargas volvería;
y así mi ingenio y arte
no gastarán el tiempo en consolarte.
2. Pero así lamentando
la muerte tan sin tiempo
del que tu noble senectud honraba,
vuelve de cuando en cuando
á contemplar el templo (2)
dó la inmortal corona le esperaba;
y que el cielo aguardaba
al tiempo que su gloria

(1) Hállase en los MSS. de Fuent. y en el de la Real Biblioteca de S. Isidro. En el primero está seguida otra de D. Juan de Almeida al mismo asunto, y de ellas y de una elegía latina compuesta por el Brocense á nombre del colegio Trilingüe de Salamanca, se infiere, que el Mtro. Miguel Tormón era ya en su juventud teólogo, poeta, y orador insigne.

(2) Los manuscritos dicen *tiempo, que la inmortal*. Nos hemos tomado la libertad de corregirlos.